

# LA CUBA DE PAPA HEMINGWAY

ERIC NEPOMUCENO

**E**S verdad que él vivió a lo largo de casi treinta años una especie de gran amor por Cuba y los cubanos, ese tipo de afecto hacia los sitios bien amados cuya magia sobrevive a los tropiezos de la vida de uno. En cambio, Cuba y los cubanos dedican al Viejo, sus cosas y su memoria, una ternura idéntica. Muchos hablan de él como si de una hora a otra su figura grandullona fuese a entrar por la puerta, buscar un rincón confortable donde aparcar el cuerpo y seguir con alguna conversación interrumpida. El escribió una vez un cuento mediocre: "Nobody Ever Dies". Bien: en Cuba, Poor Old Papa Never Dies, o casi.

La presencia de Ernest Hemingway sigue deambulando sobre algunas esquinas y callejuelas; sobre mesas y mostradores de algunos bares de La Habana Vieja. En un rincón oscuro del Floridita, ese restaurante afrancesado que era también su bar predilecto, una especie de puerto inmune a las intemperies, hay un pequeño busto de bronce. Algunas calles más abajo, una plaquita de metal puesta al lado de la puerta principal del veterano y siempre decadente hotel Ambos Mundos —calle Obispo, casi esquina de Mercaderes— explica: allí vivió, en la década de los treinta, "el novelista Ernest Hemingway". No es bien verdad; más correcto sería decir que allí pasó temporadas y escribió el novelista Ernest Hemingway. Pero esto no importa: en las pruebas de afecto, no siempre la verdad prevalece.

Uno camina un poco más por el viejo barrio y a veinte metros de la plaza de la Catedral, la Bodeguita del Medio muestra, entre versos y dedicatorias, un cartelito escrito en anónimas letras de molde: "Mi daiquiri en el Floridita; mi mojito en la Bodeguita". Abajo, en las mismas letras, el nombre: Ernest Hemingway. Tampoco es verdad. El habrá pasado por allí una media docena de veces en la vida. Pero el

Bodeguita es un centro de atracción turística en La Habana, el mojito es quizá el mejor de toda la isla, el sitio es acogedor, la comida estupenda, y, al fin y al cabo, negocio es negocio.

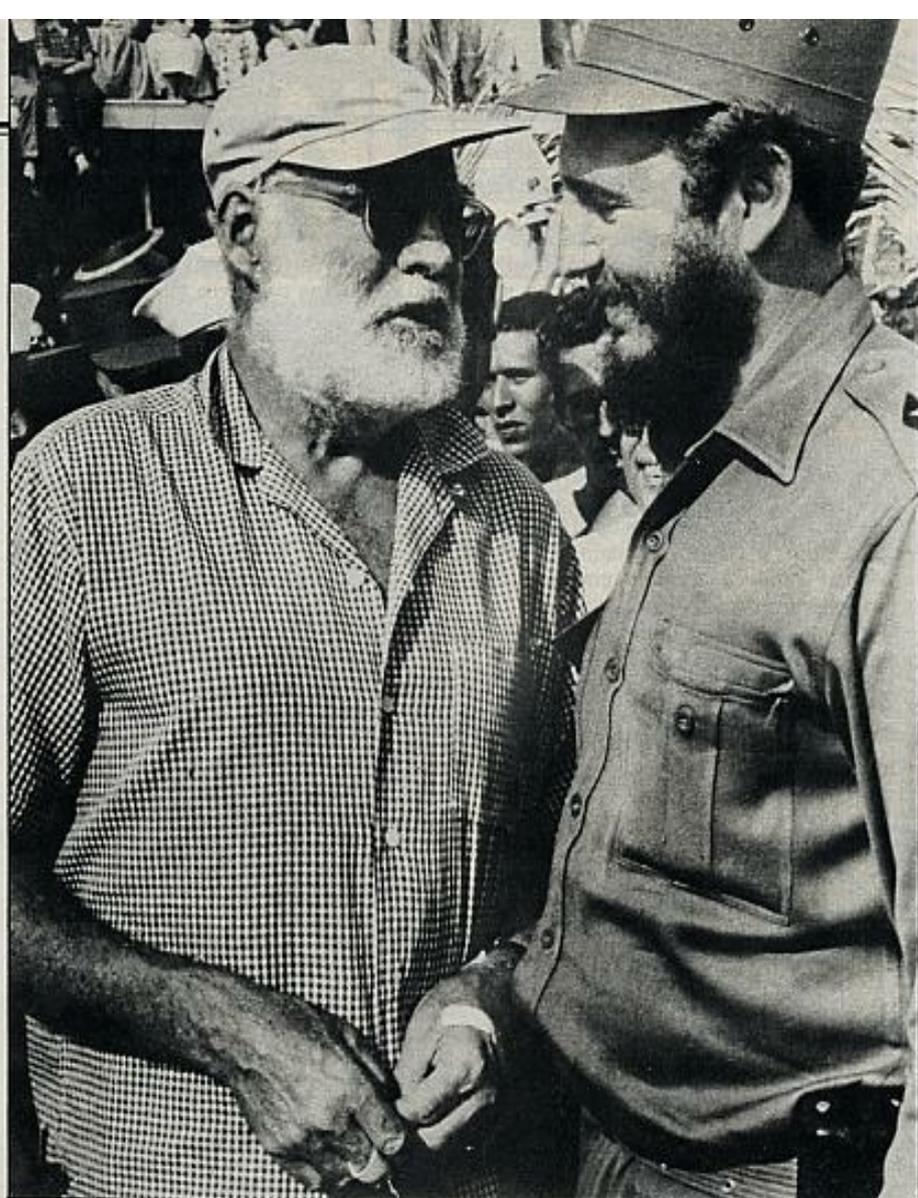
Están además los cañaverales de Camagüey, los campos de Pinar del Río, donde algunas veces el Viejo fue a cazar perdices, y las llanuras de Cienfuegos, donde él disparaba contra patos. Y, claro, por encima de todo eso está el pueblo de Cojimar, allí, a escasos veinte kilómetros de La Habana, donde descansaba el "Pilar", el barco-maravilla, amado como un hijo. Y en Cojimar

sobrevive casi inmune al tiempo y a la escuálida fama el restaurante La Terraza, lleno de pescadores y frecuentado por una media docena de turistas suburbanos, limitando a las esporádicas visitas del silencioso Alejo Carpentier o a las ruidosas investidas del fulgurante Gabriel García Márquez su cuota de invasores, y donde el arroz con bacalao es estupendo y vale por más de seis dólares, cerveza Hatuey inclusive.

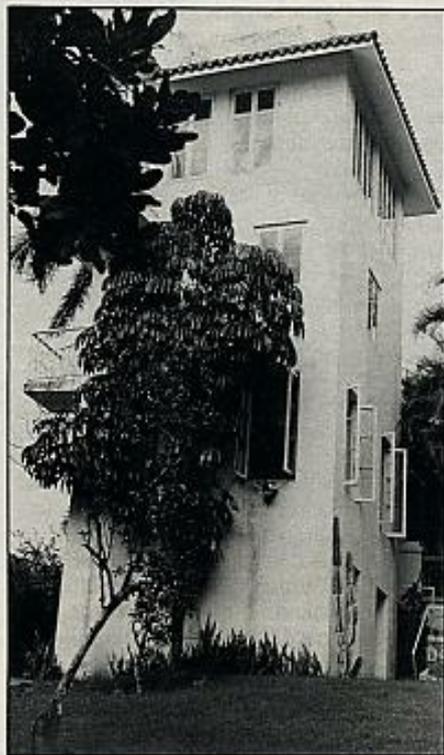
El viejo de "El viejo y el mar", a determinada altura de su batalla con el pez, recuerda la vez en que derrotó un negro

Finca Vigía, a quince millas exactas de la capital, La Habana, en el municipio de San Francisco de Paula. Descubierta y reparada por Martha Gellhorn, que fue la tercera esposa del autor de *El viejo y el mar*, costó 12.500 dólares en 1940. Hoy sobrevive, prácticamente intacta.





Ernest se quedó en Cuba, o Cuba se quedó con él, y en su testamento dejaría la casa para el Gobierno. Abajo, la torre construida en el jardín. En la planta baja, él criaba gatos; en el primer piso guardaba armas y cañas de pescar; en el último piso hay todavía un estudio.



gigantesco, después de un día y una noche echando pulsos. Enfrentó el negro en una mesa de bar. De este bar: el libro ha sido escrito hace más de veinticinco años, las mesas pensadas por el Viejo ya no existen. La atmósfera, en todo caso, permanece. En las tardes de verano, las ventanas abiertas hacia las aguas de la bahía de Cojimar se mantienen abiertas soportadas por botellas vacías de cerveza. Una mesa necesita en un domingo dos horas de espera —y eso, con alguna suerte—. Conozco quien esperó tres y terminó por desistir: cuando se sientan, los pescadores gustan de conversar y beber, y se olvidan del tiempo. Aun así, vale la pena. A pesar de las paredes decoradas con tenebrosas ampliaciones de fotografías —abundancia de Spencer Tracy en "The Old Man and the Sea", y un Humphrey Bogart un tanto dislocado en "To have and to have not"—, a pesar del ruido de los hombres en el mostrador del bar, a pesar de todo, vale la pena.

Por fin, soberana absoluta, sobrevive, prácticamente intacta, la finca "Vigía", a quince millas exactas de La Habana, en el municipio de San Francisco de Paula. Allí comienza —o termina— la peregrinación de los pasos de San Poor Old Papa. La casona

silenciosa, blanca, en la punta de una colina donde, como decía el Viejo, en ciertas tardes sopla una brisa mágica.

**(E** II  
L motorista del Ford Falcon decide, en el Malecón —la amplia avenida al borde del mar en La Habana— que no puede ser batido, así sin ceremonias, por un taxi cualquiera. Y allí comienza la carrera alucinada. Mientras elogia mi encendedor Cricket color naranja, pregunta:

—¿Eres pescador? Pregunto porque el Viejo, claro, pescaba, y lo hacía bien. Podría vivir de eso, si quisiese.

Se decepciona con mi respuesta. Y después de una curva a cien por hora concluye:

—Pues vea: perdóneme, escribir es muy bueno, puede que él escribiera muy bien, que fuese una especie de campeón. Pero te digo: ¿ha visto su barco? Mírelo bien cuando lleguemos a la finca: es un barco viejo, debe tener más de treinta años. Pero qué barco... Su asunto era la pesca. El resto era el resto, chico.

Cuando cruzamos San Francisco de Paula y doblamos hacia la izquierda y tomamos el camino de la finca, él ya ganó mi Cricket como regalo. Pero no se contenta:

—Escribir, sí, lo hacía. Pero él era más de la pesca.)

**D** III  
E la pesca, sí —mucho antes de llegar a Cuba, desde la infancia, allá en Michigan—. A propósito, no es muy correcto decir que él llegó a Cuba: estuvo siempre llegando. Primero, desde Key West —Key West para él, Cayo Hueso para los cubanos—. Luego, desde todas las partes del mundo. La Habana, la finca "Vigía", Cojimar, fueron su última morada.

Al principio, en los primeros años de amor por el Caribe, La Habana no fue más que una escala natural en la ruta de los buques que lo traían de Europa, rumbo a Key West.

Hubo, hace cincuenta años, un amigo que, en la época, era aún más nómada que el Viejo: John Dos Passos. Fue quien descubrió, en 1927, la isla de Key West, Florida.

Cuando Ernest llegó, a principios de abril de 1928, traía una imagen más o menos construida de lo que esperaba encontrar. John Dos Passos garantizaba que el local era "realmente una isla", y que la travesía en el tren que venía de Florida, sobre el viejo puente Flager, era "irreal". Carreteras y barcasas se combinaban para que la isla fuese accesible desde el continente. Y en aquel abril, Hemingway tenía un Ford amarillo y descapotable para estrenar.

En sus primeras seis semanas, Ernest se hospedó en un edificio de apartamentos de la calle Simonton. Escribía por las mañanas, luego se largaba a pasear por la ciu-

## LA CUBA DE PAPA HEMINGWAY

dad, mezclándose con la rara población local: pescadores, trabajadores, contrabandistas de tragos y marihuana. Eran años duros, y él se quedaba deslumbrado recorriendo los bares y cafés de la calle Duval buscando material para historias, cultivando su fanatismo por la información detallada sobre cualquier asunto.

Esas seis semanas de descubrimiento del Caribe y de la corriente del golfo fueron definitivas: de una cierta manera, nunca más Hemingway dejó que el mar y la corriente desaparecieran de su vida.

Cuba, en todo caso, tardó cuatro años más en dejar de ser una escala entre el mundo y Key West. En abril de 1932, cuando salió la luna llena, Hemingway alquiló por diez dólares diarios el barco y los buenos préstamos de su amigo Joe Russell, se largó a Cuba. Era un buen barco, un yatch de crucero llamado "Anita", con 32 pies. Alquiló también la habitación 511 del hotel Ambos Mundos, en La Habana, por dos dólares diarios —una comida incluida—, más medio dólar para cuando su mujer, Pauline, decidiese aparecer. Joe y Ernest pensaban quedarse unos quince días pescando en aquel primer viaje. Quedaron sesenta y cinco: allí Hemingway descubrió su nuevo paraíso.

**A**QUELLA primera vez que alquiló la 511 del Ambos Mundos, él ya era un escritor profesional de verdad: publicó dos libros de cuentos, un intento de parodia y dos bien sucedidas novelas —inclusiva "Adiós a las armas", cuyos derechos Hollywood compró por 24.000 dólares—. Entre Key West y La Habana terminó la revisión de su tratado taurino, "Muerte en la tarde". Y en julio de 1933, cuando cumplió cien días en Cuba pescando a bordo del "Anita", estaba trabajando duro en la revisión de los cuentos de "Winner Take Nothing". En las temporadas de pesca, Ernest abandonaba su costumbre de escribir por las mañanas. Saltaba de la cama tempranito, bajaba a tiempo para coger los periódicos en la recepción del hotel y desayunaba en una esquina cualquiera de La Habana Vieja —un vaso de leche, otro de agua mineral, una tajada de pan— y se iba al puerto. El "Anita" solía estar en el muelle de San Francisco, en la ensenada de Casablanca. La Habana Vieja, una de las zonas más pobres de la capital cubana, cambió poco. Pero ya no se ve más, desde la ventana de su antigua habitación en el Ambos Mundos, el mismo paisaje de antes. Algunos nuevos edificios han sido construidos en los años cincuenta —pocos, es verdad, pero suficientes para robar el espacio antes ocupado por el mar en la ventana—.

Entre 1961 y 1970, la Revolución transformó el viejo hotel en escuela. Después lo reformó, antes de devolverlo a sus antiguas funciones. Una reforma tímida: como no-

vedad, aparte de pintar las paredes, está el arreglo del veteranísimo ascensor, que Ernest nunca vio funcionar bien. A no ser por la memoria del Viejo, que siempre atrae cazadores, poca gente busca el hotel. En los fines de semana el movimiento aumenta: son parejas, casi todas muy jóvenes y un poco constringidas, que buscan el Ambos Mundos por un par de horas o, como máximo, una noche. La habitación del Viejo no entra en ese juego: cerrada a llave, sólo se abre para algunas visitas: el mobiliario austero y oscuro, gastado, algunos libros con lomos demasiado manoseados, una cama enorme cuidadosamente tendida, tres sillas de mimbre, una mesita, una consola con tampo de mármol, la cabeza de un ciervo. La ventana y el balcón muestran tejados y, con suerte, algún buque flotando por encima de los muros: ya no se ve el mar.

**E**L día 19 de diciembre de 1931, Ernest y su segunda mujer, Pauline, compraron la casona del 907, Whitehead Street, en Key West. Costó 8.000 dólares, generosamente provistos por el rico tío de Pauline, Gus Pfeiffer. Fue la primera casa que Ernest compró en la vida.

La segunda fue la finca "Vigia", municipio de San Francisco de Paula, La Habana. Costó 12.500 de sus propios dólares, el 28 de diciembre de 1940.

Entre una y otra —o mejor, entre principios de 1939 y fines de abril de 1940— hubo la temporada del Ambos Mundos como "dirección permanente". Allí, el día 1 de marzo de 1939, empezó a trabajar en su novela sobre la guerra civil española. Una vez, quince días después de estar instalado en el Ambos Mundos y cuando su matrimonio con Pauline todavía perduraba —por lo



Un baño completo significa, en esta casa, tener entre el lavabo y el water una pequeña biblioteca.

menos en términos formales—, él se largó hasta Key West para visitar a sus hijos. Pero había una carretera nueva, que facilitaba aún más la llegada de visitantes de Florida. La carretera, decía Ernest, era una invitación "para cualquier hijo de puta aparecer para distraerse". El 10 de abril volvió a Cuba y a su vida de trabajo entre las dos y las doce de la mañana; luego, tomar un trago, comer, jugar al tenis, nadar y pescar.

Hacia finales de abril llegó Martha Gellhorn, que dos años más tarde se transformaría en la tercera señora Hemingway. Ha sido ella quien descubrió la finca "Vigia". Ernest al principio no quiso la casa que pertenecía a una familia llamada Dorn y ocupaba la cima de una colina: era muy vieja, estaba muy estropeada y sucia, quedaba muy lejos de la ciudad y además el alquiler —100 dólares por mes— le parecía muy caro. La miró rápidamente, dio una media vuelta y regresó al Florida. Martha la alquiló, llamó albañiles y fontaneros y les dio un plazo de emergencia para las reparaciones. Cuando volvió para ver la casa, Ernest decidió quedarse. En diciembre la compró, con sus nueve hectáreas de tierra.

**D**E las nueve a las doce, de una a cinco, de lunes a sábado, la silenciosa y vacía finca "Vigia" vive su horario de Museo Hemingway. Hay dos recepcionistas que, cuando son solicitadas, cuentan algunas historias sobre la casa y su antiguo morador, y un director estúpido, lo suficiente como para decir que el número anual de visitantes no puede ser revelado por tratarse de un "dato estratégico" (más sencillo sería confesar que como no se cobra entrada ni existe ningún control, es imposible saber cuántas personas pasean por año en los amplios porches mirando a través de las ventanas abiertas: entrar en la casa está prohibido desde 1972, cuando un balance superficial mostró que faltaban varios libros y que algunos visitantes apagaron cigarrillos en la alfombra o mancharon los sillones, con la sinceremonia típica de los que van a fiestas en casas de ricos).

La casa está como estaba a finales de julio de 1960, su último verano, su última vez en la isla. Tuvieron el cuidado y el cariño de dejar intacta la bandeja de metal encima de una mesa, con las últimas bebidas que el Viejo vio en la casa: una media botella de Old Forest, otra casi vacía de White Horse, un Campari casi lleno, una botella de ron cubano de los tiempos en que se llamaba Bacardí, dos medias botellas de Gin Gordon's, cuatro botellitas de tónica Schweppes, y que después de esos años todas guardan un líquido amarillento, y las tapas oxidadas por la maresía. Allí están, en el salón principal de la casa, los dos sillones forrados con una tela clara de flores rosadas, el sofá con domésticas almo-

# "NUEVO" NESCAFÉ. EN SU MEJOR MOMENTO.



Para hacer este "nuevo" NESCAFÉ, seguimos utilizando los cafés procedentes de las mejores cosechas del mundo.

Gracias a la experiencia acumulada, durante tantos años, haciendo NESCAFÉ, hemos ido mejorándolo y mejorándolo.

Hoy, le ofrecemos este "nuevo" NESCAFÉ, con un sabor más cálido y un aroma todavía más intenso, para que Vd. disfrute de su café... en un momento.

**"NUEVO" NESCAFÉ  
SABOR MAS CALIDO. AROMA MAS INTENSO.**

## LA CUBA DE PAPA HEMINGWAY

haditas de ganchillo, un baúl, arriba del baúl un cofrecito de madera, el piso cubierto por esteras, una sillita donde alguien escribió con hilo de lana "Poor Old Papa", dos sillas de mimbre, un cenicero horrendo, sustentado por tres patitas de hierro; una cigarrera de madera con aplicaciones de metal.

Las paredes están cubiertas por estantes de libros. Donde quiera que uno mire en esa casa verá libros. En los espacios dejados en blanco entre estante y estante hay dos viejos y enormes carteles de corridas de toros. Antes, hasta después de aquel último verano suyo, había un excelente cuadro de Juan Gris, un tocador de guitarra flamenca comprado en España en los años veinte. Pero después de la muerte de Hemingway, su viuda, miss Mary Welsh, se llevó el cuadro, junto a todas las otras telas de valor. Más de un millón de dólares, se quejan algunos cubanos con razón. La más valiosa de todas, "La Ferme" (o, como se prefiere ahora, "La Masía"), de Joan Miró, comprada por 5.000 francos en 1927, el propio Ernest ya la había llevado a los Estados Unidos en 1960.

Esta es la sala principal de la casa, junto a otro salón de estar —el salón biblioteca— y al comedor. El reducto sagrado es el que está más allá de aquella puerta, en el lado izquierdo, la puerta mantenida eternamente abierta por un gordo volumen de tapa azul, las ochocientas y tantas páginas del manual "Las máquinas de la aviación mundial", un dormitorio doble, con un piso de baldosas amarillas.

El comedor sería sencillo, si no fuera por la largura de la mesa —ocho personas almorzarían allí con espacio suficiente para brindis y discusiones— y los trofeos de caza distribuidos por las paredes. El cuadro de Miró estuvo un tiempo en ese comedor, en una de esas mismas paredes. Más

tarde, el cuadro fue llevado para el salón principal, y después lo instalaron en el cuarto de trabajo del Viejo. Una de las paredes del comedor es toda de vidrio y muestra el pequeño patio interno que lo separa de la cocina. La otra pared lo separa del salón biblioteca, más informal y acogedor que el principal: trofeos de caza, desde luego, en los pocos espacios dejados por las estanterías, un sofá curvo, una piel de leopardo en el piso, una silla de camello, una mesa también en forma de media luna, tres silloncitos, una infinidad de trofeos marinos: caracoles, conchas, estrellas de mar, trozos de coral, erizos, y el que mire rápidamente hacia las estanterías verá, entre los dos mil y pico libros, un ejemplar firmado de "Chosen Country", de John Dos Passos, codo a codo con "The Odor of Violets", de Cendrick, y "The Whole of their Lives", de Gitlow. En esta casa, la gente casi no leía más que en inglés.

El salón biblioteca tiene una puerta que da hacia el porche de los fondos. A la derecha, la ventana del dormitorio de huéspedes, austero, monástico: una cabeza de antlope en la pared, dos camas de soltero, dos pequeñas estanterías de libros, unos cuadritos sin importancia, un aparador.

(Existe un ala de la casa de Hemingway que está cerrada hasta para las visitas, que con autorización especial pueden circular por el resto: la que abriga la cocina, la antecocina, la despensa, el dormitorio y el baño de las sirvientas; tampoco se puede entrar en el dormitorio y en el baño principal, que eran ocupados por Ernest y Mary. Queda el templo sagrado, su local de trabajo. Podría haber otro local: la torre que Mary mandó construir para que Ernest trabajase, tres pisos en el jardín, justo al lado de la casa. En la planta baja él criaba gatos; en el primer piso guardaba armas y cañas de pescar. En el último piso hay

todavía un estudio: libros, un sillón-hamaca de cuero, un catalejo con aspecto de ser potente, un escritorio; él no trabajaba allí: utilizaba la torre para leer o escribir cartas; a lo sumo, para revisar pruebas tipográficas.)

## VII

**E**N realidad son dos cuartos —dos alcobas— intercomunicados, y que terminan en un baño completo, aunque pequeño: completo, en esa casa, significa tener entre el lavabo y el water una biblioteca con tres estantes y 52 libros. Dos frascos con alcohol abrigan una serpiente pequeña y un molusco marino. La balanza, de esas que todavía uno encuentra en viejas farmacias, era utilizada por el Viejo todos los días. El peso era anotado, con lápiz rojo, en la pared.

De las dos alcobas, una —la que está justo al lado del baño— tiene la apariencia exacta de una oficina de trabajo: un escritorio macizo, una silla de un lado, dos del otro, tiempo de vidrio, algunas fotos bajo el tampo: los hijos, Mary. Y, claro, estantes cubriendo todas las paredes y que llegan hasta el techo, excepto la de la pared de la ventana: ésta llega hasta la altura de la cintura de un adulto. En la otra alcoba, cuya puerta se abre para el salón principal de la casa, hay una cama, un canasto de revistas y más estantes que llegan hasta la altura de la ventana.

Las dos alcobas tienen ventanas amplias, abiertas sobre la baranda que rodea la casa, y muestran los árboles y la suave subida de la colina.

En el pie de la cama, dos pantuflas gastadas, como esperando. En el otro cuarto, justo abajo de la ventana, una zapatera: dos pares de sandalias, un par —más nuevo— de pantuflas, cuatro pares de zapatos



A dieciocho kilómetros del mar, varado sobre el césped en la entrada de la finca, el Pilar, que guarda en su casco pintado de negro todos los secretos recogidos en las olas. A la derecha, botas y cañas de pescar, en el tercer piso de la torre.



"Al final de la tarde, la casa es silenciosa, blanca, y parece aún más grande". En los pocos espacios dejados por las estanterías, trofeos de caza, caracolas, conchas, estrellas de mar...

color marrón, dos de ellos muy lustrosos y con cara de poco uso. El Viejo calzaba un 43. Zapatos mocasín, en el clásico e invariable modelo norteamericano. Y desperdigados por encima del escritorio que él no utilizaba o de la madera superior de los estantes bajos, su tesoro, parte de su memoria más amada: cápsulas de bala, un osito de cuerda, una avioneta con una sola rueda, un mono tocador de platillos, una miniatura de locomotora, una góndola de Venecia, una infinidad de juguetes y cositas, y no hace falta ningún poder especial para sentir que de cada una de esas cositas emana una inmensa carga de amor a la vida, que cada una de ellas era también

un puente consistente entre el Viejo y lo que él amaba por encima de todo: la memoria, la certeza de que ser feliz —a su modo— fue posible.

Encima de uno de los estantes bajos sobrevive su máquina de escribir —no la fiel Smith-Corona que él llevó a los Estados Unidos en aquel último verano, sino una Royal portátil, que tenía como reserva—. Allí escribía él por las mañanas, parado, siempre parado y a mano, sólo le gustaba escribir a lápiz, recorriendo el teclado de la máquina cuando ya tenía el texto listo o cuando la historia corría fácil.

Desparramados por lo alto de las estanterías hay paquetes de cartas no contesta-



Sobre la mesa, su tesoro: cápsulas de bala, un osito de cuerda, una avioneta con una sola rueda... Todo un mundo del que emana una inmensa carga de amor a la vida.

das. No hay manuscritos en la casa: los que no se llevó Mary fueron guardados "en otro sitio". La letra del Viejo quedó en algunos apuntes rápidos, trámites del cotidiano, y en la tapa de una caja de zapatos que sirvió de registro de su peso a lo largo de algunas semanas de algún noviembre.

Al final de la tarde, la casa es silenciosa, blanca, y parece aún más grande. Doy la vuelta por los fondos, salgo otra vez a la baranda, llego a la entrada, la escalinata ridícula, la glorieta para la entrada de los coches, el garaje ahora reacondicionado para servir como casa de huéspedes para una sola persona —Mary Welsh, la viuda, que jamás se hospedó allí—. Entre flamboyants y palmeras bajo hasta la piscina, ahora vacía, donde el Viejo y Mary nadaban desnudos algunas veces, y donde Ava Gardner se bañaba sacándose la ropa de a poquito, cada vez que se tendía al sol era una pieza, y como las piezas eran siempre pocas, en un minuto ella era la dueña absoluta y desnuda del agua: el Viejo sabía mantener apariencias y respeto.

Allá abajo, junto al camino asfaltado que sube en curva hasta la casa, junto a la puerta de entrada, descansa para siempre en tierra el "Pilar", su casco pintado de negro, sus 40 pies de largo durmiendo sobre el césped, con los secretos que trajo del mar, y el barco no está allí por acaso: en su testamento, el Viejo dejó la casa para el Gobierno de Cuba y el barco para su amigo y compañero de aguas, Gregorio Fuentes. Hace muchos años, tantos que se perdió la cuenta, él dijo a Gregorio: "Si me muero alguna vez, me gustaría tener la certeza de que al 'Pilar' no le pasaría nada malo". Gregorio dijo que lo mejor sería vararlo en los jardines de la finca, a 18 kilómetros del mar. Ahí está, hasta hoy y para siempre.

## (E) VIII

EN el retorno a La Habana pido al motorista que me deje en la plaza de la Catedral. Voy hasta la Bodeguita, donde él no iba casi nunca. Después, cuando son casi las diez y media de la noche, sigo hasta el Floridita, y pido dos daiquiris mientras aguardo mi turno para comer. Antonio, el camarero que trabajó allí veintinueve años y conoce todas las historias del Viejo, inclusive las del día en que él estableció el record de daiquiris de la casa —catorce, y de los de antes, que equivalían a vez y media los de ahora—, ya no trabaja más en el Floridita. Lo trasladaron hace unos seis meses al Morro, al otro lado de la bahía, donde no lo aburren tanto pidiendo siempre que repita las mismas historias. El que me atiende lleva doce años en el Floridita. De tanto oír, repite las historias de Antonio como si hubiese conocido al Viejo. Bate los daiquiris moliendo hielo y mezclando limón y ron en una vieja batidora checa. Sirve los dos vasos y pregunta: "¿Espera a alguien, compañero?". Digo: "Al Viejo". ■ E. N.